

BIBLIOTECA LIRICO-DRAMATICA Y TEATRO COMICO

DE LA RETRETA A LA DIANA

ZARZUELA CÓMICA

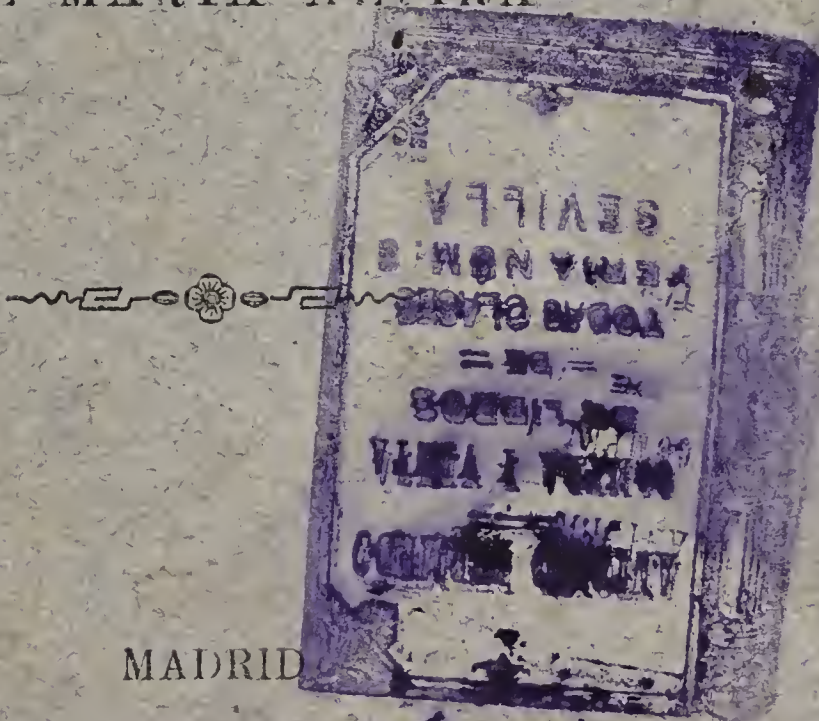
EN UN ACTO Y TRES CUADROS

ORIGINAL DE

MANUEL M. ESPADA Y JUAN A. PASCUAL ZULUETA

MÚSICA DEL MAESTRO

JOSE MARIA ALVIRA



MADRID

ARREGUI Y ARUEJ, EDITORES

Federico de Madrazo (antes Greda), 15, bajo

1897

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

TORRAS

N.º de la procedencia

DE LA RETRETA Á LA DIANA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad intelectual.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los representantes de las Galerías *Biblioteca lírico-dramática* y *Teatro cómico*, de los Sres. Arregui y Aruej, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DE LA RETRETA A LA DIANA

ZARZUELA CÓMICA

EN UN ACTO Y TRES CUADROS

ORIGINAL DE

MANUEL M. ESPADA Y JUAN A. PASCUAL ZULUETA

música del maestro

JOSÉ MARÍA ALVIRA

Estrenada en el TEATRO ESLAVA el 23 de Marzo de 1897



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1897

A Federico Urrecha

en testimonio de agradecimiento

Los Autores

723096

REPARTO



PERSONAJES

ACTORES

ENRIQUE.....	SRA. ROMERO.
PILAR.....	SRTA. ULIBERRI.
BRUNA.....	SRA. BANOVIO.
DEOGRACIAS.....	SR. CARRERAS.
EL CORONEL.....	VÁZQUEZ.
SARGENTO.....	ASENSIO.
CABO.....	ESTELLÉS.
SOLDADO.....	N.
VIGILANTA	SRA. TORRES.
ALDEANA.....	BLANCO.
ALDEANO.....	SR. MELIÁ.

Soldados, gente del pueblo, etc.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Una plaza en el pueblo.—A la derecha, desde el primero al último términos, tapia del convento que ofrece un frente al público y uno de sus lados.—En este una puertecilla con cerrojo interior: la de la habitación de Deogracias, que se supone en un pabellón del jardín, junto al convento.—En último término, calle.—A la izquierda, ocupando los dos primeros términos, fachada de un caserón destinado á cuartel: puerta grande de amplias hojas. Farol sobre el arco de la puerta.—En los demás términos, bocacalles.—Al fondo telón de casas y horizonte.—La acción empieza á la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA

SARGENTO LÓPEZ, ENRIQUE, grupos de militares
y gente del pueblo

- SARG. ¡Por vida de Napoleón!... Ya son tres los arrestos que he sufrido por culpa del niño del Coronel... ese maldito galopín, á quien su padre hizo sentar plaza para ver si sentaba la cabeza. ¡Las espaldas le sentaría yo de buena gana, si no fuera por guardar las mías! ¡Eh, muchacho! ¡Soldado Hernández!
- ENR. ¡A la orden! (Cuadrándose.)
- SARG. ¡Al demonio! (Con viveza)
- ENR. ¡En seguida! (Dirigiéndose al foro.)
- SARG. Pero, ¿á dónde vas, condenado?
- ENR. Pues á eso; al lado de aquella morena, que tiene loquita á la guarnición. ¿No me manda

usted al demonio? ¿No dice usted que son el diablo las mujeres?... Pues ya está explicado.

SARG. Bromitas, ¿eh? Bueno, pues esta noche te cambio el turno de guardia, y la haces de madrugada delante de esa puerta.

ENR. Acato la orden y la cumpliré... (Con ironía.) (Así como así lo diré al demandadero del convento para que lo sepa mi Pilar!... Si pudiera verla y hablarla esta noche!... ¡Al amanecer! ¡Al amanecer! (Muy contento.) ¡Oh, felicidad!)

SARG. (Reparando en la actitud de Enrique.) (¡Está visto, este zascandil es un muñeco con falta de vergüenza y sobra de picardía!) Puedes retirarte.

ENR. ¡A la orden, primero!

ESCENA II

DICHOS y DEOGRACIAS

Música

ELLOS El señor demandadero del convento, viene aquí.

ELLAS Ya está aquí nuestro cartero. ¿Traerá alguna para mí?

ELLOS ¡Ya lo véis, no se ha perdido!

¡Deo gracias, bien llegado!

¡Deo gracias, bien venido!

DEOG ¡Muchas gracias, pueblo amado!

(Aparece por el último término de la derecha. Lleva, convenientemente tapada, la jaula de una codorniz. Pendiente del cuello una cartera de grandes dimensiones.)

ELLAS ¿Cuántas cartas tengo yo?

DEOG. Claro está que no lo sé.

ELLOS Deme usted las mías.

ELLAS No.

Yo primero.

ELLOS Deme usted.

DEOG. Ni las de esos ni las vuestras,
que me váis á marear.
¡Qué impaciencia!—«¡No, las mías!
¡No, las mías!»—¡A callar!
No se altere.

ELLAS No se enfosque.

ELLOS No nos niegue su perdón.

ELLAS No se irrite.

ELLAS No se amosque.

DEOG. Pues silencio y atención.

(El Coro forma dos grupos: á la derecha las mujeres y
a la izquierda los hombres.)

A una muchacha
de ojos de cielo,
traigo noticias
de su amador,
en tanto que ella
le da el camelo,
pues á la chita,
tiene otro amor;
que á un viejo verde
le eché el anzuelo,
y en dos tirones
pescó al señor,
y hoy se entretienen
moza y abuelo,
por los rincones
de un corredor.

ELLOS ¿Quién es la infame?
Descorra el velo.

DEOG Digo el pecado,
no el pecador.

A un soldadito,
de su adorada
traigo una esquila
que es un primor,
pero aunque viene
muy perfumada,
de nada sirve,
que él le es traidor;
pues á la sombra

de una enramada
prestó á una dama
tan gran favor,
que desde entonces,
héroe y salvada,
buscan la sombra
del cenador.
ELLAS ¿Quién es el monstruo?
DESCORRA el velo.
DEOG. Digo el pecado,
no el pecador.
TODOS Pues si á obscuras nos deja Deogracias,
por la nueva, mil gracias, señor.

ELLAS

ELLOS

El soldadito,
¿cuálo será?
Entre esos mozos
de fijo está.
La pecadora,
¿cuála será?
Entre esas mozas
de fijo está.
TODOS Ya se sabrá,
y lo que fuere,
pues, sonará.

Hablado

DEOG. Vamos á ver, ¿habrá hoy silencio?
SOLD. 1.º Como todos los días. A las nueve en punto,
yase sabe, ¡tararí!... (imitando el toque de silencio.)
CORO ¡Tararí! (idem.)
DEOG. Pero esta gente se ha vuelto loca... Se os
manda callar y me estropeais el tímpano
con el *tararí*.
SOLD. Como usted dijo si se tocaba á silencio... yo...
DEOG. Tú, eres un animal. ¡A la cola!...
SOLD. ¡Bueno, hombre, bueno!... (Se pasa á último lu-
gar y todos le rechazan con gritos y voces: «Aquí no
hay cola, fuera, etc.»)
DEOG. (Habrá estado ordenando la correspondencia, y al oír
las voces recoge la cartera, la jaula, etc., y va á re-
tirarse.) ¡Ea, buenas noches!...
TODOS ¡Las cartas, las cartas! (Rodeándole todos.)
DEOG. Pues orden y á callar... (Reparte las cartas.)

Emeterio Cifuentes... Pascual Díaz. (Van recogiendo y se retiran hacia el foro.) ¡Gracias á Dios! ¡Ya no queda ninguna!... ¡Ea, á recogerse!...

ENR. ¿Y yo? ¿Y mi correspondencia?

DEOG. ¡Chist!... Aquí la tengo. Esta pertenece al buzón interior. ¡Como que es reservado!... (Sacándola del pecho.)

ENR. ¡Ay, qué alegría!... ¡Dame, dame!...

DEOG. Cuidado, señorito, que se van á enterar. No la lea usted aquí.

ENR. ¡Quita allá!... (Se retira.)

DEOG. Carillo, carillo vas á pagar el porte... En fin, á mi cuchitril. (El coro vuelve al proscenio y rodea á Deogracias.)

ALD. ¿Y qué es eso que trae usted ahí envuelto?

DEOG. Para fisgonas, las mujeres. Esto es... esto es... (¿Qué les digo yo?...) .

TODOS ¿El qué, el qué?... (Acercándose mucho.)

DEOG. No os lo digo, porque si os entero se malogran los efectos.

ALD. ¡Ea, acabe, ó si no!... (Va á cogerlo.)

DEOG. ¡Quietas!... ¡Esto es una maravilla!... ¡Un gran encuentro! (Voy á reirme de ellos.) (Descubre la jaula.)

TODOS ¡Un pájaro!... ¡Una codorniz!...

DEOG. ¡De gran utilidad!... Oid. (Van á creerlo, como si lo viera.)

Música

DEOG. Esta codorniz, señores,
es un macho superior
y ha prestado mil servicios
en aquella población.
Fué primero de una dama
joven y rica á la par,
desposada con un viejo
por cuestión del vil metal.
Este pájaro al marido
le decía sin cesar,
aludiendo á la señora:
Ma-ta la, ma-ta-la...

CORO Todo porque con su primo,
pues... ya saben lo demás.
Este pájaro al marido, etc.

DEOG La sobrina de don Lino,
un señor que morirá,
según opinión de todos
en olor de santidad,
se casó con Timoteo,
joven, rico y tonto á más,
y en la noche de la boda
se perdió la flor de azahar.
Timoteo la buscaba,
la buscaba con afán,
y la codorniz con sorna
bús-ca-la, bús-ca-la...
le decía al pobre novio,
que la flor no pudo hallar.

CORO Timoteo la buscaba, etc.

Hablado

DEOG. (Nada, que se lo han creido. ¡Inocentes!)
SARG. ¿Se ha enterao usté, niña? (A una en un grupo á
la derecha.)
UNA ¡Vaya!
SARG. ¿Tiene usté novio?
MUCHAS ¡Vaya!
SARG. Vaya... que la ahorquen... (Volviendo la espalda.)
UNO Y diga usted, señor Deogracias, ¿se mete
con todo el mundo la codorniz? (En un grupo
á la izquierda.)
DEOG. ¡Ya lo creo! No perdona ningún atrevimien-
to ilegal. Nada de trapicheos, ¿eh?
TODOS ¿Y qué es eso?
DEOG. Pues eso es... Figúrate que Baltasara, tu
mujer, y Ambrosio, vamos que...
ALD.º ¡Cá, no señor, calunia, calunia!...
DEOG. ¡Ah! Pero...
ALD.º Sí, señor, malas lenguas...
DEOG. Bueno, pues es verdad...
ALD.º ¿Eh?

- DEOG. No, hombre, que te lo figures. Pues la codorniz te da nueve golpes ó los que hagan falta y tú...
- ALD.º La endilgo cuatrocientos á mi mujer.
- DEOG. Como plan curativo puede pasar. (Quedan en grupo hablando bajo.)
- SOLD. ¡Alma mía, y que pie tan chiquirritin! (A una moza.)
- ALD. Si no mirara usted. (Da una vuelta rápida.)
- SOLD. ¡Y qué pocas hojas tiene ese libro! (Señalando á las faldas)
- ALD. Así se aprende antes la lección.
- SOLD. ¿Quiere usted ser mi maestra?
- ALD. ¿Y la codorniz?
- SOLD. ¡Bah!... Tóo e-o es figurao.
- ALD. ¿Y los golpes?
- SOLD. También figuraos.
- ALD. No, si digo los que le puede dar mi padre... Si le ve á usted hablando conmigo, de un garrotazo lo esloma; na más que pa avisarle.
- SOLD. Como primer aviso, ¿eh? (Pausa.) Pues, hija, me voy al corral sin aguardar al segundo.
- DEOG. Ya lo sabéis; cuidado con ilegalizarse. (A los del grupo.)
- ELLAS Bueno, bueno. (Retirándose)
- ALD.º Oye, pues si es verdad, este, ese y tú y yo estamos buenos. Se acabaron las escapatorias. Hay que matar á la codorniz.
- HOMBRES ¡Eso!
- ALD.º ¡Y escarmentar á Deogracias!
- HOMBRES ¡Eso!
- ALD.º ¡Callarsus!... Aluego nos veremos. (Disuélvese el grupo primero. Óyese el toque de retreta. Los soldados entran en el cuartel, y las gentes del pueblo se retiran en varias direcciones cantando el estribillo del «couplet.»)

ESCENA III

DEOGRACIAS y ENRIQUE

- ENR. ¡Qué alegría tan grande! ¡Deo Gracias, amigo mío, mi padre! (Trae la carta en la mano.)
- DEOG. ¿Eh? (Mirando con recelo hacia el cuartel.)
- ENR. No, hombre, no; si es á tí, puesto que te deberé algún día la felicidad.
- DEOG. No tanto, hermanito, no tanto. Mi reino no es de este mundo.
- ENR. ¡Bueno! ¿Y mi Pilar? ¿Estará tan hermosa como siempre, eh?
- DEOG. ¡Ah! La señorita Pilar no es...
- ENR. No es de tu reino, ya lo sé. Por eso se casará conmigo; y si para ello fuera preciso pegarle fuego al convento, se lo pegaría.
- DEOG. ¡Ave María Purísima!
- ENR. ¿Por quién no lo he echado todo á rodar? (Zarandeándole por un brazo.)
- DEOG. Por muy poca cosa.
- ENR. Tienes razón, capellán. Dispensa el arrebató. Probablemente tendremos que abandonar muy pronto el pueblo. Pues bien, prometo hacerte obispo si esta noche me facilitas la llave de esa puerta y avisas á Pilar que iré á verla.
- DEOG. Después de todo no es monja, ni siquiera educanda. Su padre la dejó ahí mientras duraba la guerra, y las habitaciones que ocupa están separadas del resto del convento.
- ENR. Cuando no sientas ningún ruido llegas hasta aquí, yo estaré de guardia; paso, la veo, vuelvo á los cinco minutos, y asunto concluido.
- DEOG. Pero,...
- ENR. Nada, nada; medítalo bien. O la llave, y al año próximo eres obispo, ó tu negativa, y desde este instante te hago *cardenal*; cuestión de dignidades.
- DEOG. Prefiero la más baja.
- ENR. ¡Silencio, mi padre! Quieto, que nos han visto. (Le detiene.)

ESCENA IV

DICHOS, EL CORONEL y EL SARGENTO á la puerta del cuartel. Deogracias y Enrique al lado opuesto. El primero procurando ocultarse junto a la tapia.

COR. Mañana temprano abandonaremos este pueblo ¿Está usted enterado de todo?

SARG. Sí, mi Coronel.

COR. (Viendo á Enrique.) ¿Qué haces tú aquí? Sargento López, ¿por qué está este soldado fuera del cuartel después del toque de retreta?

SARG. Lo ignoro, mi Coronel; pero aquel paisano que anda tomando medidas á la tapia debe saberlo.

COR. No había reparado... Acérquese usted.

DEOG. ¡Adiós mi ansiada mitra!

COR. Vamos, ¿qué hace usted aquí? ¿A qué ha venido? ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

DEOG. Deogracias, señor. (Acercándose tímidamente.)

COR. Bueno, á Dios sean dadas. ¿Que quién es usted, pregunto?

DEOG. Pues Deogracias, señor; me llamo Deogracias.

COR. ¡Ah, vamos! Como lo dijo usted con ese aire tímido de rapavelas, creí que saludaba. Además, así no se llama nadie.

DEOG. Pues aseguro á usted que en mi familia hace siete generaciones que no falta un Deogracias. Por lo general, este ha sido el nombre del cabeza, nombre que hicieron ilustre aquellos varones, pues varios fueron canónigos, dos hubo mitrados, y uno, tan sabio como santo, murió en Filipinas el día de las bodas del jefe de una tribu asalvajada.

SARG. ¿Lo envenenaron en el festín?

DEOG. Se lo comieron al natural.

COR. ¿Y á nosotros qué nos importa? ¿Era eso lo que le estaba usted contando á este soldado?

ENR. Era yo quien le contaba á él...

DEOG. Justo; salió usted y se cortó. Por poco no lo ha oído todo.

- COR. . . No quiero que á estas horas estén de conferencia los soldados.
- SARG. . . Si no me canso de decirlo, mi Coronel. Que no quiero grupos de más de una persona por las noches fuera del cuartel. Nada, que me parezco á Torres, el sargento de caballería, que encargaba todos los días á los soldados: «No me atéis tan corto al pesebre, no me saquéis al agua sin cabezada.» Pues ellos como si les hubiera dicho todo lo contrario. ¡Pobre Torres; Dios le tenga en su gloria!
- COR. . . ¿Ha muerto en la guerra?
- SARG. . . No, señor, de muerte natural.
- DEOG. . . (¡Ya, de bruto!)
- COR. . . Pues nada, siga usted pareciéndose á Torres. Lo principal es la ordenanza.
- ENR. . . Descuide usted, mi sargento, que no volveré á sacarle al agua sin cabezada.
- DEOG. . . Ni le ataremos tan corto al pesebre.
- SARG. . . ¿Eh?
- COR. . . Basta. Tú al cuartel. Y usted á la cama. (A Enrique y Deogracias Enrique saluda y se dirige al cuartel. Deogracias á la puerta de la tapia.) Si le vuelvo á encontrar aquí, le mandaré prender por sospechoso. (Comprendo que soy demasiado severo con mi hijo, pero toda precaución es poca para evitar que haga una nueva calaverada.) Pero, ¿qué hacen ustedes aquí? (A Enrique y Deogracias que se hacen señas durante el aparte anterior.)
- ENR. . . ¡A la orden! (Entra en el cuartel.)
- DEOG. . . Muy buenas noches, señor Coronel: usted me manda.
- COR. . . Ya lo sé. (con sequedad.)
- DEOG. . . Sí, señor, con franqueza. A mí me manda todo el mundo. (Abriendo la puerta de la tapia.)
- COR. . . Al infierno le mandaría yo al instante.
- DEOG. . . Es inútil que obedeciera (Estará lleno de Coroneles.) (Entra.)
- SARG. . . Mi Coronel, este murciélago es ave de mal agüero.
- COR. . . Pues ojo.

- SARG. ¡Ah! como yo le cace, ya le diré yo si ha de atarme al pesebre corto ó largo.
- COR. Vigilancia, mucha vigilancia.
- SARG. ¡A la orden! (Se retira al cuartel. El Coronel por la derecha.)

ESCENA V

PILAR, BRUNA, luego EL SARGENTO

- BRUNA Vamos, señorita, vamos. Rato ha que sonó el toque de ánimas y en el convento se habrán recogido las madres y las hermanas.
- PILAR ¡Qué impaciencia! Tenemos permiso de la madre superiora para ir á la novena. ¡Si pudiera verle! (Aproximándose al cuartel y mirando hacia el interior.)
- BRUNA Pero, señorita, ¿dónde va usted?
- SARG. ¿Manda usted algo, carita de mieles? (Apareciendo el Sargento.)
- PILAR No, señor. (Con timidez.)
- BRUNA Quite usted allá, pozo de rancho. No se hizo la miel para la boca del...
- SARG. No se destemple, señá *Seculorum*; que ni yo estoy ayuno, ni aquí nos comemos los niños crudos ni las viejas en pergamino.
- BRUNA Daré parte al Coronel.
- SARG. Pues si se aviene á catarlo ya tié estómago el Coronel. Usted perdone, y ande con Dios, palmito del cielo; y no se asome otra vez por aquí dentro, que hay peligro de escuchar la diana á las doce de la noche. ¡Como que cuando usted sale, sale el sol!
- BRUNA Silencio, ratón de cuadra. Vamos, vamos, señorita. (Pilar entra en el convento.)
- SARG. ¡Si no fuera uno soldado!...
- BRUNA ¡Qué falta de vergüenza! ¡Cómo están estos conventos, digo, estos cuarteles! (Entran en el convento.)

ESCENA VI

Relevo de la guardia. Salen del cuartel ENRIQUE, tres SOLDADOS y un CABO, se acercan al centinela, y después de simular la consigna, Enrique queda en el puesto de aquél. Los soldados desaparecen por la izquierda.

ENR. Al fin estoy solo. Dentro de poco dormirá todo el pueblo. ¿Cumplirá mi encargo Deogracias? Pilar mía, de esta entrevista depende nuestra felicidad. (Vuelven el Cabo y Soldados figurando haber terminado el relevo y entran en el cuartel. Toque de silencio.)

Música

Ya se alejan... ya cierra la puerta...
 preciso es que advierta
 su ausencia á Pilar...
 Ya se escucha la voz del *alerta*
 que el eco despierta
 del valle al vibrar.

En sus ondas trasmítele el viento
 mi voz, y mi aliento
 y el alma con él,
 y ella sola recoge mi acento,
 que duerme el convento,
 que duerme el cuartel.
 Pronto en noches como ésta serenas,
 de júbilo llenas
 podranse adorar
 nuestras almas, que hoy velan ajenas
 miradas, cadenas
 que ansío quebrar.
 Bien pronto hasta el nido
 de nuestros amores,
 aromas de flores
 las auras traerán;
 y el suyo dejando
 del bosque, señores,

alados cantores
 al nuestro vendrán.
 Ya estoy solo, la calle desierta
 y espera á tu puerta
 tu Enrique, Pilar;
 y ni turba el secreto; el *alerta*
 que el eco despierta
 del valle al vibrar.

En esta noche
 juego la vida
 si en la partida
 vencido soy,
 veré sin pena
 llegar la muerte,
 que vida y suerte
 por ella doy.

ESCENA VII

ENRIQUE, después DEOGRACIAS

Hablado

- ENR. Parece que se acercan á la puerta. Debe ser Deogracias. Sí, no cabe duda. Prudencia por si acaso. (Se retira hacia el cuartel y pasea con el fusil con gravedad cómica. Pausa.) Deogracias, ¿eres tú?
- DEOG. (Bajando la voz y mirando con la puerta entreabierta á derecha é izquierda sin atreverse á salir.) No, no se acerque usted; pudiera vernos alguien. (Al ver que Enrique va á acercarse.)
- ENR. No tengas cuidado, duermen todos. Vamos, hombre, sal; no temas. (Deogracias avanza dejando entreabierta la puerta con la llave puesta por dentro.)
- DEOG. Cuatro, nada menos que cuatro velas acabo de encender á Nuestra Señora de las Angustias. (Pausa.) Me debe usted un escudo. Así me las pagan todos los cereros.
- ENR. Bueno, ponlas en la cuenta. Ahora vamos á lo que importa.

- DEOG. Es que lo que importan las cuatro velas es un escudo.
- ENR. Toma dos y borra la deuda. (Con impaciencia.) ¿Qué, la has visto? ¿Qué te ha dicho? Vamos, hombre, habla, habla pronto.
- DEOG. La he visto y ..
- ENR. Estará muy hermosa, ¿verdad?
- DEOG. Yo no... no me fijo...
- ENR. ¿Acepta la entrevista que le propongo en mi carta?
- DEOG. Sí, señor.
- ENR. ¡Oh, qué alegría! Entonces no hay que perder un minuto. Deogracias... (Llevándole al otro lado del proscenio.)
- DEOG. ¿Qué?
- ENR. Ponte este capote. (Quitándosele.)
- DEOG. No, si no tengo frío.
- ENR. ¿Qué importa? pónitelo.
- DEOG. Pero, señor, ¿qué intenta usted?
- ENR. Ya lo verás. (Se quita el ros y se lo pone torcido a Deogracias, y a su vez se pone el sombrero de este.) Ya estás hecho todo un soldado. (Coge el fusil y se lo pone en el brazo. Enrique se viste el balandrán y el gorro del demandadero.)
- DEOG. Pero...
- ENR. Ni una palabra. Yo volveré en seguida. Mientras tanto, tú eres el centinela.
- DEOG. Pero considere usted que yo no sirvo para esto. ¿Está en el seguro?
- ENR. No tengas cuidado, que no se dispare. (Entra en el convento y cierra con llave por dentro. Deogracias se acerca al cuartel y mira por la cerradura.)

ESCENA VIII

DEOGRACIAS

¡Se marchó! ¡Dios mío, ha cerrado la puerta! (Empujándola.) ¡Ya no hay remedio! Mañana me fusilan. (se oye dentro del convento la codorniz.) ¡Virgen de las Angustias, la codorniz! ¿Qué pasará ahí dentro? Si insiste, se ente-

ran y estamos perdidos. (Canta de nuevo con más fuerza.) Calla, inocente, calla, que estás firmando mi sentencia. (La codorniz canta sin cesar.) ¡Calla, que renuncio á la mitra y á todo ¡Imposible! ¡No hay esperanza! (Se le cae el fusil y se pone de rodillas.) ¡Fusilado! ¡Mañana fusilado! (Murmura una oración. La orquesta preludia el número siguiente)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Telón corto. Pasillo de un convento. Puertas al foro, cerradas por una cortina oscura, y laterales. Farol ó lámpara suspendida del techo.

ESCENA IX

ENRIQUE, PILAR y BRUNA

Música

ENR.

(Dentro.)

Cuando me veo de tu morada
bajo el antiguo ventanal,
siento en el alma una oleada
de suave aroma tropical.

PILAR

Cantos ignotos de honda armonía,
de voces dulces tenue rumor,
conjunto ignaro de melodía
en cuyas notas va el amor.

ENR.

Yo con el mío vengo á buscarte,
ven y no tardes, mi Pilar,
que está mi vida toda en amarte,
y es triste cosa el esperar.

(Saliendo.)

Aurora de mis dichas,
ven mi alma á iluminar.

PILAR

¡Enrique!

ENR.

¡Sueño mío!

PILAR

¡Mi Enrique!

ENR.

¡Mi Pilar!

Como hoy nunca he sentido
la fuerza de mi amor,
por tí juego la vida.

PILAR

Yo más por tí, el honor.

ENR.

Como el valle se colora
al sentir la luz del sol,
con las tintas de la aurora
que le inunda en su arrebol,
así el pecho á la alegría
ábrese tu rostro al ver
que eres tú la estrella mía,
que eres tú luz de mi ser.

De tus retinas

de honda mirada

tal me ha vencido

la seducción,

que por guardarla

no profanada,

tú sola llenas

mi corazón.

PILAR

Cual bajel que á toda vela
presuroso cruza el mar,
sigue la rizada estela
que la quilla abrió al pasar.
Así, Enrique, de tu acento
fascinada voy en pos,
que el amor que por tí siento
sólo cede ante el de Dios.

Aun no tus frases

hieren mi oído,

dentro del alma

las siento herir,

y luego á solas,

cuando te has ido,

tus frases todas

torno á decir.

(A dño.) Proteja Dios
nuestro querer,
bendito amor,
bendita fe.

Hablado

- ENR. ¡Qué felicidad! ¡Juntos, siempre juntos!
- BRUNA Eso es, y pasarse la vida como dos pajaritos cantando dúos al amanecer.
- ENR. ¡Ya! Había olvidado que usted sólo ha podido cantar arias ó romanzas; un dúo con tenor, barítono ó bajo, jamás.
- BRUNA Con tenores ó barítonos no he tropezado; pero lo que es bajos, buenos bajos, siempre los he tenido.
- ENR. Allá cuando Napoleón iba en mantillas. (Bruna vuelve al foro.) Decías en tu carta que tu padre, el general Freire, te autoriza á casarte conmigo.
- PILAR Justo: conque así sólo falta que tú obtengas el permiso del tuyo.
- ENR. Y lo conseguiré.
- BRUNA ¡Jesús! (Baja al proscenio.)
- LOS DOS ¿Qué sucede?
- BRUNA ¡Que estamos perdidos! ¡Váyase usted, váyase usted!
- ENR. ¿Qué le ha dado?
- BRUNA ¡Que la codorniz nos delata! Si era preciso... ¡Sí, no hay duda, por ahí viene la vigilanta!
- ENR. Eso es peor.
- BRUNA ¡Pronto, pronto; escóndase aquí, que yo le avisaré cuando tenga que salir.
- PILAR Sí, sí. (Entra Enrique primera derecha y cierra.)
- BRUNA ¡Qué noche, señor, qué noche!

ESCENA X

DICHOS y la VIGILANTA

- VIG ¡Como! ¿Ustedes tan temprano?...
- BRUNA Sí, hermana... Ahí verá usted... (Turbada.)
- VIG ¿Les ha ocurrido algo? Está muy pálida la señorita.
- BRUNA Sí, le dieron unos mareos... un desvanecimiento... ¡De fijo, el calor!

- VIG. ¡Pero si hace un frío horrible... y está tiritando! ¡Pobrecita! (Le coge las manos.)
- BRUNA Quise decir el calor... conque, transportada en la oración, rogaba por su padre.
- VIG. ¡Ah, sí... demasiado fervorosa! No es bueno excederse, señorita.
- PILAR No, no es nada... Cierta agitación... falta de sueño.
- VIG. ¡Ah, ya comprendo! La codorniz del señor demandadero, que les habrá despertado... Como á mí. ¡Cuánto se lo agradezco! Antes costábame gran trabajo, pero hoy en seguida me levanté. Parece con su canto acompañado que me dice: «¡Hora es ya! ¡Hora es ya!» (Simulando el canto. Enrique asoma la cabeza. Bruna, que no cesa de mirar, le hace señas de que se esconda. La colocación es: Bruna, algo á la derecha, Pilar y la Vigilanta junto á la izquierda.)
- BRUNA ¡No, todavía no! (A Enrique.)
- VIG. ¿Cómo, hermana, si han dado las cinco?
- BRUNA Verdad; con el susto no hemos oído.
- VIG. ¡Ah! ¿Se han asustado al oír la codorniz?
- BRUNA ¡Mucho, mucho!
- VIG. ¡Un canto tan dulce y tan discreto!
- BRUNA ¡Lo que es eso! (Siempre mirando al cuarto donde está Enrique.)
- VIG. ¡Oh, no están ustedes bien!... No vuelvan á madrugar... La falta de costumbre... ¡Ea, á dormir otra vez, y buenas noches!... Yo las acompañaré. (Dirígense á la habitación derecha. Enrique en tanto recoge el balandrán y el gorro que dejó en el suelo, y dentro del cuarto se viste estas prendas y sale en el momento que la Vigilanta lo hace por la otra puerta.)
- ENR. ¡Vamos; por fin!
- VIG. ¡Calle, el señor Deogracias! (Enrique vuelve la espalda, esquivando que pueda ser reconocido.) ¿A usted también le ha despertado el pajarito? ¡Qué bien hizo en traerlo!... Pero, ¿qué busca, hermano? ¿Se le ha perdido algo?
- ENR. Sí, la cabeza. (Bajo.)
- VIG. ¡Dios mío, un hombre!... ¡No es el demandadero!...

- ENR. (¿Será mujer Deogracias?) ¡Oiga, oiga, hermana!... (siguiéndola á tientas.) Espere, escuche.
- VIG. ¡Un hombre cerca de las habitaciones de la señorita!... Voy á avisar á la superiora... Evitaré el escándalo. (Vase.)
- ENR. Esto es hecho. (Saltando por la ventana.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

La misma decoración del cuadro primero

ESCENA XI

DEOGRACIAS, después ENRIQUE. Deogracias aparece en la misma situación que quedó al terminar el cuadro primero

- DEOG. ¡Hosanna, Dios clemente, hosanna! (Pausa.) Al fin cesó de acusarme la codorniz. ¡Ha cantado tanto! (Cambiando de tono.) Esta situación es insostenible... La llave está puesta. (Mirando por la cerradura de la puerta de la tapia. Pausa.) Parece que alguien se acerca. Sí; es él sin duda. (Con alegría.) ¡Gracias á Dios! (Al abrirse la puerta y salir Enrique.) ¡Pronto, deme usted mis ropas! (Murmillos de gente que llega.)
- ENR. ¡Alguien llega; no tenemos tiempo; quieto, no te muevas. (Entra de nuevo en el convento, cerrando tras sí la puerta. Deogracias se acerca al cuartel tapándose la cara con el capote.)

ESCENA XII

DEOGRACIAS y CORO

Música

CABS. (Salen embozados en sendas capas por el último término de la derecha y andando sigilosamente, recatándose con exageración.)

Vamos con cuidado,
la ocasión llegó;
no se nos malogre
por imprevisión.

Vengan los faroles,
orientarse bien.

Aquí está el convento.

(Alzan los faroles, señalando al convento.)

Allí está el cuartel.

(Giran á la izquierda, señalando al cuartel. Deogracias procura ocultarse cómicamente. Al compás de la música el coro avanza al proscenio, y en fila cerrada, prosigue el número.)

Tan luego amanezca,
Deogracias saldrá
del rezo á *maitines*
la esquila á tocar;
sobre él nos lanzamos,
zurrámosle allí,
y el cuello torcemos

¡rris!...

á su codorniz.

(Giran rápidamente hacia la derecha, y con las mismas actitudes que al comenzar, se retiran por el primer término derecha.)

Vamos con cuidado,
etc., etc.

(Aparece por el foro izquierda el coro de señoras, que dice los primeros cuatro versos antes de bajar al proscenio, donde está Deogracias.)

SEGUNDAS

Nuestros maridos,
¿dónde estarán?

- El centinela
nos lo dirá.
- DEOG. ¡Si me conocen,
pobre de mí!
- PRIMERAS Pronto de dudas
váis á salir.
- TODAS Diga, soldado,
¿vió su mercé
pasar á un hombre
cerca de usté,
después de oírse
la codorniz?
- DEOG. Yo no sé nada.
Yo nada ví.
- TODAS ¿Pues de qué sirve (Rodeándole.)
que guardia dé?
¿De qué ese chisme? (Por el fusil.)
¿De qué, de qué?
- DEOG. Vaísme entre todas
á marear;
suelten mis ropas,
no tiren más,
que entre sus manos
van á morir
chupa y capote
y hasta el fusil.
- TODAS (Acosando á Deogracias.)
Diga, diga
lo que sepa.
Cuenta, cuenta
sin tardar,
que por algo,
tan doliente
se oyó al pájaro
cantar.
- DEOG. Dejen, dejen
que prosiga
en cumplir
mi obligación.
¿Cómo quieren
que les diga
que no entiendo
su canción?

DEOG. ¡Madre, el relevo! ¡Ellos son! ¡Se aproximan!
 ¡Dios mío, ya salen! ¿Qué hago? ¡Ah, ya sé!
 No puedo más. He apurado el cáliz hasta
 las heces. (Deja el fusil en el suelo boca abajo, muy
 cerca de la pared del cuartel. Cuelga el capote en la
 culata y le pone el ros. Ha de resultar de esto un mo-
 nigote lo más cómico posible. Una vez terminado se
 dirige á la tapia del convento y trepa por ella traba-
 josamente, á tiempo que sale del cuartel el Cabo con
 cuatro soldados.)

ESCENA XIV

Salen del cuartel el CABO y cuatro soldados. Se acercan al muñeco
 creyéndole el centinela. DEOGRACIAS en la tapia procurando
 ocultarse

DEOG. ¡Uy, la hermana torneral! ¿Seré desgraciado?
 CABO Pero, ¿qué es esto? (Zarandeándole.) ¡Eh, tú!
 ¿Te has dormido? (Le empuja con fuerza y cae
 todo al suelo. Los soldados y el cabo retroceden asus-
 tados.)

DEOG. «¡Confiteor Deo Omnipotente!...» (Con voz dé-
 bil y en actitud de orar. Sigue hablando entre dientes.)

CABO ¡Sargento de guardia! ¡Sargento de guardia!

DEOG. «¡Mea culpa, mea culpa!...» (Dándose golpes de
 pecho.)

SARG. ¿Qué pasa? ¿Quién grita? (Saliendo de prisa.)

CABO El soldado que estaba aquí de centinela ha
 abandonado su puesto. Mire usted esas pren-
 das.

SARG. ¡Por vida de Napoleón! Cuando coja al cul-
 pable lo hago polvo.

DEOG. «¡Ego sum pulvis!...»

SARG. ¡Lo achicharro!

DEOG. «¡Cénis!...»

SARG. ¡No queda de él ni rastro!

DEOG. «¡Nihil!...»

SARG. A ver, muchacho, en seguida á casa del Co-
 ronel. Que no se detenga. (El soldado marcha
 de prisa por la derecha.)

- CABO** ¡Primero!... En esa tapia hay un bulto. (viendo á Deogracias.)
- DEOG.** Llegó mi hora.
- SARG.** (Acercándose.) Si es un hombre... ¡Eh, buen amigo! ¿Va usted muy lejos?
- DEOG.** A buscar nidos.
- SARG.** Abajo.
- DEOG.** No, que me voy á caer.
- SARG.** Me parece que sí... ¡El demandadero! (Al bajar cae de espaldas. Le ayudan á levantarse y queda de rodillas delante del sargento.)
- DEOG.** ¡Por Dios, señor sargento, que soy inocente!
- SARG.** Al fin caiste en mis redes. Bien le decía yo al Coronel. Levanta, levanta pronto, mochuelo. (se levanta.)
- DEOG.** Piedad, señor de López.
- SARG.** Aunque me llamasen don López, no la tendría. Miren el beato Deogracias á qué horas anda por las tapias del convento.
- DEOG.** Créame usted, yo no he hecho nada malo. La fatalidad, solo la fatalidad.
- SARG.** Luego lo veremos. Al calabozo con él.
- CABO** Primero, aquí no hay calabozo.
- SARG.** No me acordaba... Bueno, pues... ¡Ah, sí; eso es!... A la cuadra con él. En los pesebres habrá algún ronzal. (Los soldados y el Cabo se lo llevan entre súplicas y protestas.) Atarle bien para que no se escape, y corto, ¿eh? muy corto... (Con satisfacción.) Me las paga de una vez.

ESCENA XV

EL SARGENTO y EL CORONEL seguido del SOLDADO que fué en su busca

- COR.** ¿Qué pasa, sargento?... ¿Es grave? (Intranquilo.)
- SARG.** Y tanto. Enrique, su hijo, abandonó el puesto de centinela. Al relevar hemos encontrado esas prendas...
- COR.** ¿Y él?
- SARG.** No lo sé, pero hay un cómplice.

COR. ¿Quién?
 SARG. El del convento.
 COR. ¿Dónde está?
 SARG. En la cuadra.
 COR. Voy allá. Cada uno á su puesto. Recoge todo eso... ¡Hoy arde Troya!... (Entran en el cuartel. Pausa en la acción.)

Música

(Durante los primeros compases de este número Enrique sale sigilosamente del convento y se va por la derecha. Durante el preludio en la orquesta amanece hasta quedar la escena á toda luz.)

ENR. A ver á mi padre cuanto antes. Se lo diré todo... (Mutis. Oyese la esquila de la capilla tocar el «Angelus», etc., etc.)

Música

SEÑ. (Dentro.)
 El Angelus anuncia
 de la campana el son.
 ¡Salve, oh, soberana
 Madre del Señor!

CAB. (Dentro.)
 Ya asoma por Oriente
 del nuevo día el sol,
 y alegre sus faenas
 comienza el labrador.

ESCENA XVI

EL CORONEL y DEOGRACIAS, cogido por una oreja

Hablado

COR. ¡Venga usted acá, buena pieza!... ¿Es cierto cuanto acaba de decirme, ó se trata de un nuevo enredo para despistarme y huir de mi cólera.

- DEOG. ¡Uy, cólera! Señor, yo solo miento cuando entrego la cuenta de lo recaudado en el cepillo de las ánimas, y entonces, tampoco; es que suelo equivocarme.
- COR. ¿Padece usted de equivocaciones? ¿También eso?...
- DEOG. No, no es eso. Flaqueza de memoria solamente, ¿sabe usted? Algún cero que se me suele quedar olvidado al final de una cifra. Total, un cero; ya ve usted, nada.
- COR. Con efecto, no puede ser menos. Pero mi hijo, ¿dice usted que mi hijo Enrique debe estar ahí dentro?...
- DEOG. No, no señor. (Precipitadamente.)
- COR. ¿Cómo se entiende?
- DEOG. Que no debe estar, pero que está. (Así estuviera yo á cien leguas de tus bigotes.)
- COR. ¿Y usted se compromete á traerlo á mi presencia?
- DEOG. Según y conforme. La cosa es difícililla. Traerle, menos mal, pero llegar hasta él...
- COR. No hay más remedio: dos caminos tiene usted. O le trae a mi presencia sin que se entere nadie, y se evita el escándalo, por lo cual le recompensaré largamente, ó no le trae, y entonces le castigo con mayor largueza. (Simula la acción de un puntapié.)
- DEOG. (Sí, con largueza, de cuarenta pulgadas de bota militar.)
- COR. ¿Acepta usted? Pues á cumplir su promesa, señor aleluya.
- DEOG. (Llamarle así, cuando debo tener cara de Miserere.) Voy, voy al momento. (El Coronel se acerca al cuartel y queda hablando con alguien que se supone dentro.) ¿Y cómo me las arreglo yo ahora para sacarlo sin dar sospechas? ¡El muchacho jugando al escondite por los rincones del caserón! ¡Vaya un papel el mío!
- COR. ¿Todavía aquí?
- DEOG. ¡Ah, señor Coronel! (Va á la puerta de la tapia y se la encuentra cerrada.)
- COR. ¿Qué ocurre?
- DEOG. ¡Una contrariedad!

- COR. ¿Cuál?
- DEOG. Que la puerta está cerrada.
- COR. Se abre.
- DEOG. Claro, se abre cuando se tiene con qué.
- COR. ¿Pues no está siempre en su poder la llave?
- DEOG. Porque lo está no lo está. Que á no haberla tenido no me la hubiera quitado.
- COR. Entre usted por la puerta principal.
- DEOG. A estas horas, ¿con qué pretexto?
- COR. Pues salte usted la tapia, señor excusas (Incomodado.)
- DEOG. ¡Ah! ¡Eso sí... eso sí!... ¡Gran idea! (Ahora me las vas á pagar.)
- COR. Pues andando.
- DEOG. No, á gatas, porque de otro modo...
- COR. Arriba, con dos mil de á caballo.
- DEOG. Si llamase usted á un soldado.
- COR. ¡Imposible! Nadie debe enterarse de esto.
- DEOG. Un medio me ocurre.
- COR. Hable usted.
- DEOG. (Me pondré á distancia por si acaso.) Señor, si usted se dignase ayudarme...
- COR. ¿Cómo se entiende? (Avanzando un poco.)
- DEOG. Pues así. (simulando acción de subir.) Un empujoncito, nada más que un empujoncito suave, y... (¡Se decide, se decide!) (Frotándose las manos en actitud alegre, de espaldas al Coronel.)
- COR. (Habrá que ayudarle.) ¿Qué demonios hace usted?
- DEOG. Fuerzas, señor. Me preparo al asalto.
- COR. Ea, acabemos de una vez.
- DEOG. No, por aquí no, por aquí no... Tengo, tengo... (Indicando que tiene cosquillas.)
- COR. (Sin hacerle caso; le empuja para subir por la parte de la tapia que da al público.) ¡Arriba! ¡Arriba!
- DEOG. (Otra vez la hermana tornera.)
- ENR. (Por la derecha.) Mi padre ha venido al cuartel.
- COR. ¿Sabra algo? Veamos. (Entra en él.)
- COR. ¿Acaba usted, ó le tiro?
- DEOG. ¡Eh! ¡Que me mato! ¡Que me mato!

ESCENA XVII

DICHOS, EL SARGENTO

- SARG. Mi Coronel, Enrique ha parecido.
 COR. ¿Cómo? (Suelta á Deogracias, que queda suspendido por los brazos.)
 SARG. Digo que ha parecido. Le cogí y lo tengo encerrado.
 COR. ¿En el cuartel Enrique? Entonces, ¿este tunante?... (Tira de él y lo hace caer.) ¡Ah! ¡Rapa-velas! ¡Ahora verás, ahora verás! Pronto arreglaremos cuentas. (Sí, es el medio mejor.) Voy á dar parte de todo á la superiora, y si las cosas no se ponen en claro mando que te fusilen. López. Usted me responde de este granuja. (Vase derecha.)

ESCENA XVIII

DEOGRACIAS y SARGENTO

- DEOG. Señor Sargento, ¿cree usted que me fusilarán? Después de todo, no es para tanto.
 SARG. En la milicia no se juega.
 DEOG. Es decir, ¿que me pegarán un tiro?
 SARG. ¡Cuatro! ¡Cuatro! (Indicando con los dedos.)
 DEOG. Siempre es un consuelo.
 CABO (Sale precipitadamente del cuartel.) Primero, el soldado Hernández ha roto á golpes la puerta de su encierro. Dice que quiere ver á su padre el Coronel. (Vase.)
 SARG. Detenedle, allá voy yo. (vase.)
 DEOG. ¡Me dejan solo! ¡Qué ocasión para huir! (vase por la izquierda mirando á todos lados.)

ESCENA XIX

Oyense voces de mujeres que se aproximan rápidamente. DEOGRACIAS sale perseguido por ellas por la izquierda

DEOG. ¡Por este lado, imposible! ¡Las arpías de antes! ¡Fugite!

MUJ. ¡Eh! Señor Deogracias, señor demandadero, aguarde un poco. (Los hombres que esperaban antes dentro traen á Deogracias poco menos que á brazo partido.)

UNO ¡Ya caiste, bribón! ¡No te escapas, no! ¿Dónde está la codorniz, grandísimo pillo?

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, EL CORONEL, BRUNA y PILAR por la puerta de la tapia
SARGENTO y ENRIQUE por la del cuartel.

COR. Esté usted tranquila, señorita; todo se hará á medida de sus deseos, que son los míos. Que venga Enrique. (Al Sargento.)

PIL. ¡Pobre Deogracias! No tengas cuidado, ya no te fusilan. (Risueña.)

DEOG. ¿De ve... ras?

COR. Sí.

DEOG. ¿Y me puedo... mover?

COR. Tú verás.

DEOG. Gracias, señor. (Intenta abrazarle, pero se retira y cae en brazos de Bruna.)

ENR. Pilar con mi padre ¡qué alegría! Luego...

COR. Sí; te casarás con ella cuando ganes tus galones de oficial. Ahora, en marcha.

BRUNA Eso es; ellos felices y á nosotros nada.

SARG. Señá espárragos, quedan ahí unos escobones que para ir por los aires, ¡pintiparados!

DEOG. ¿Y á mí, después de mi calvario?

ENR. Sí; el mejor premio ó el mayor castigo.

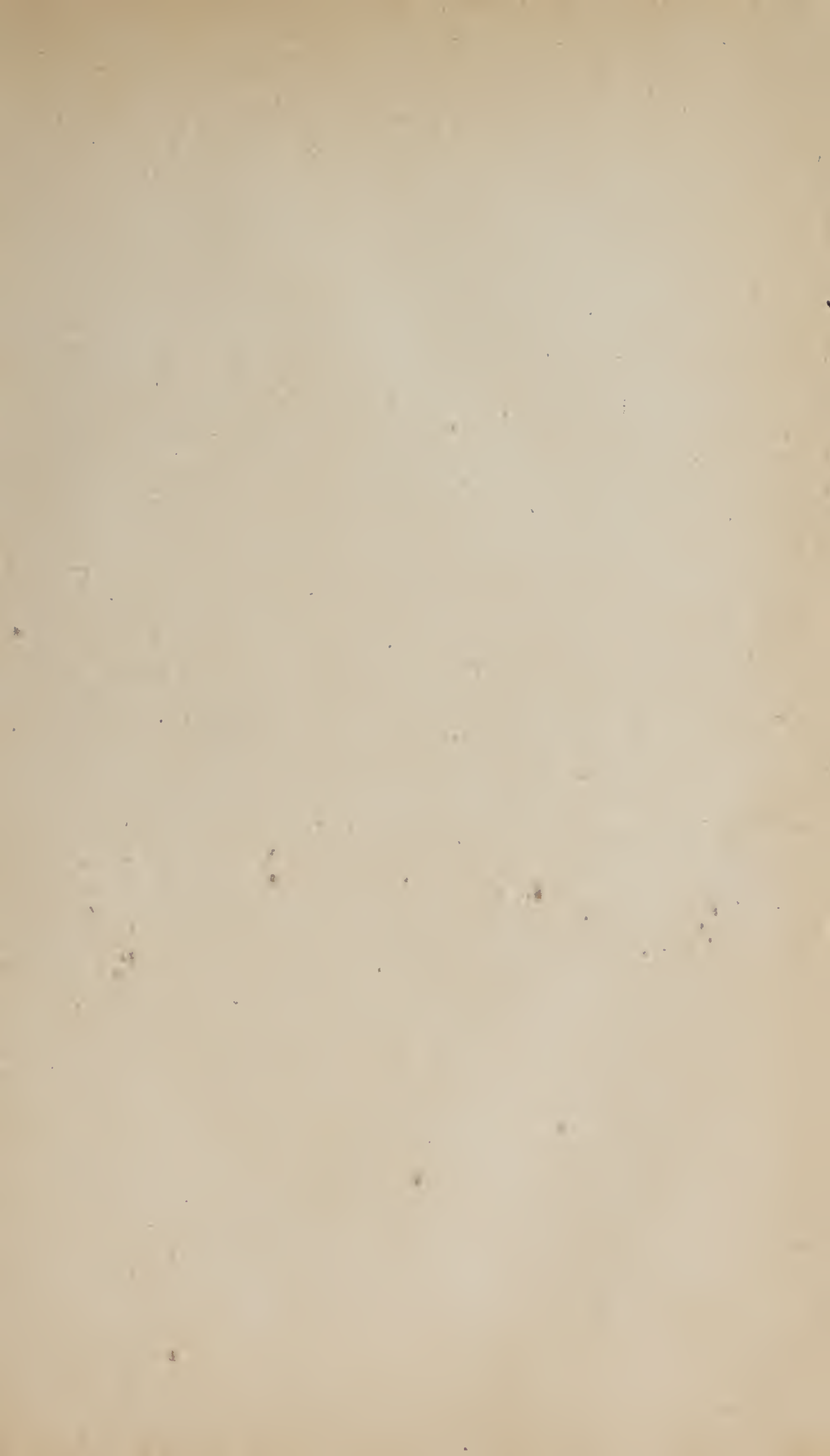
Música

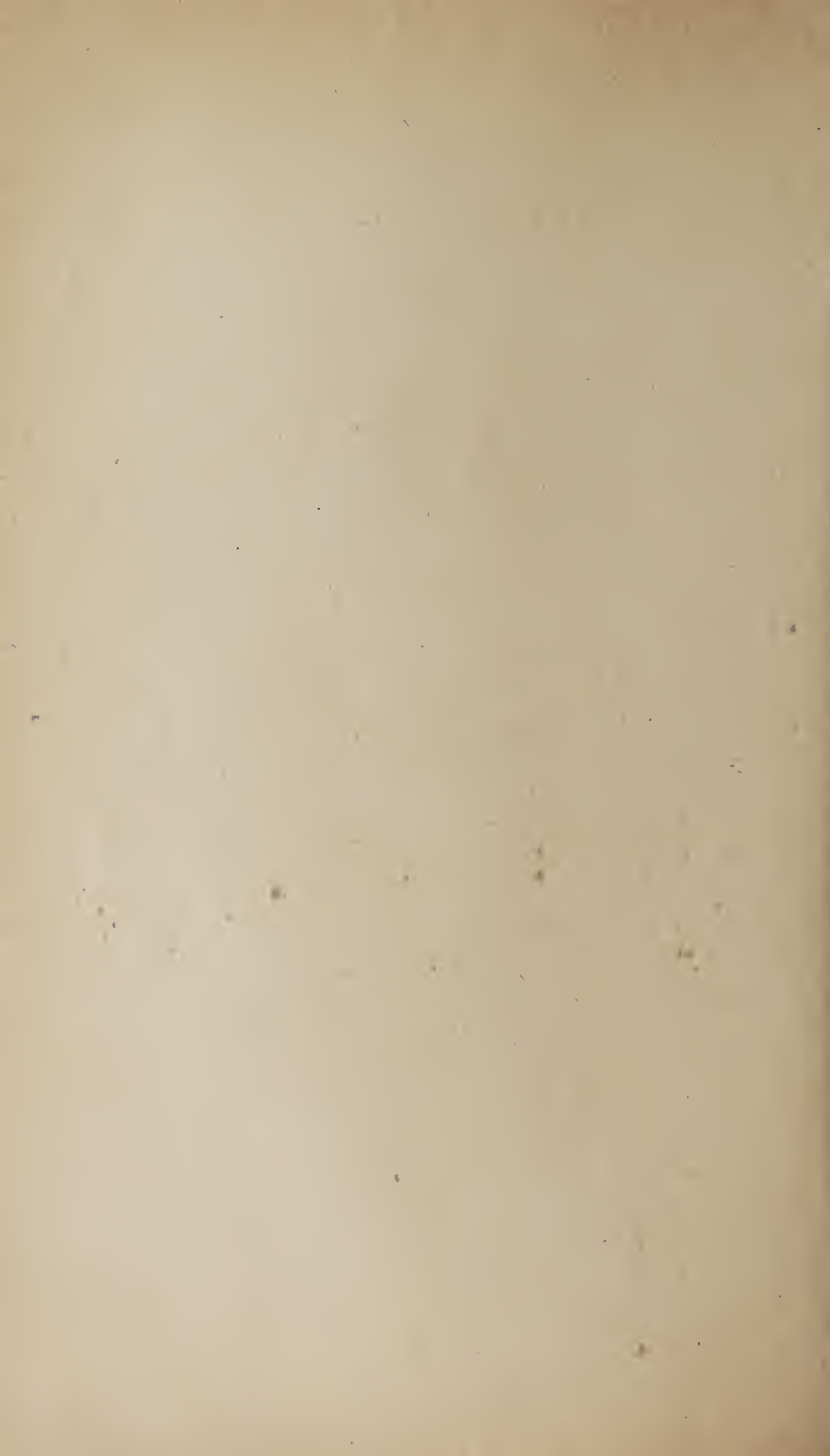
Todos

Si es que la obra te ha gustado
y la sancionaste ya,
danos pronto una palmada,
dá-nos-la, dá-nos la,
que todos te lo pedimos
con muchísima ansiedad.

FIN

Los autores dan pública muestra de su reconocimiento á la prensa singularmente á los periódicos *El Globo*, *La Epoca*, *El Nacional*, *El País*, *Nuevo Mundo* y al distinguido colaborador de *El Cantábrico* de Santander D. E. Rodríguez Solís, los cuales trataron con cariñosa consideración este trabajo y cuyas advertencias tuvieron en cuenta los autores para la segunda y sucesivas representaciones.





PUNTOS DE VENTA

DE LOS EJEMPLARES PERTENECIENTES Á ESTA GALERÍA

MADRID

Librerías de los Sres. Hijos de Cuesta, Carretas, 9; Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2; Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6; M. Murillo, Alcalá, 7; Manuel Rosado, Esparteros, 11; Gutenberg, Príncipe, 14; Simón y Comp.^a, Infantas, 18; Viuda de Hernando, Arenal, 11; José María Faquinetto, Oliva, 11; Miguel Guijarro, Preciados, 5; Perdiguero, San Martín, 6; Victoriano Suárez, Jacometrezo, 72; Saenz de Jubera, Hermanos, Campomanes, 10.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Casa Editorial*, acompañando su importe en letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los representantes de esta Galería.

Lisboa: Juan M. Valle, Rua Nova do Carmo, 45 y 47.

Habana: Sres. Loychate, Saenz y Comp.^a, Oficios, 19.

Buenos Aires: Landeira y Comp.^a, Libertad, 16.